IX

NUEVA ESPARTA

(1815-1817)

En la dilatada guerra de la Independencia, la isla venezolana de Margarita fué á veces el baluarte y á veces el último refugio de la causa de los libres, mereciendo por su adhesión, constancia y heroísmo el glorioso cognomento de *Nueva Esparta*, que la dieron los contemporáneos.

Cuando todo estaba perdido, cuando aun las menores esperanzas se habían apagado en el corazón de los independientes, y triunfaba la tiranía en el Continente y campaban por su respeto, ejerciendo de gobernantes, caudillos y jueces, alimañas disfrazadas de verdugos, la bandera republicana alzábase orgullosa en algún rincón de aquella isla, combatíase allí con el coraje de la desesperación y se extremaba la resistencia hasta un punto verdaderamente extraordinario y admirable en las páginas americanas.

Narrar á grandes rasgos la historia de esa isla célebre, sería poner de relieve uno de los episodios más brillantes de la Independencia. No entra en nuestro

propósito el hacerlo por la naturaleza y objeto del presente libro.

Es en 1815.

La expedición del brigadier D. Pablo Morillo, salida meses antes del puerto de Cádiz, arriba á Margarita: son 10.000 hombres de los combatientes de Bailén, Arapiles y Vitoria, de los defensores de Gerona y Zaragoza; es una escuadra tal como no la vieron nunca las costas americanas; son baterías mandadas por jefes expertos; es el orgullo del vencedor y el altivo desprecio del español por el criollo.

En cercano puerto se encuentra el famoso Morales con numerosas naves, en las cuales trata de embarcar 5.000 expedicionarios contra Margarita: son los restos de aquellos famosos llaneros de Boves; son hienas avezadas al crimen; es el odio del indio y del zambo contra el blanco su compatriota, odio puesto á disposición del extranjero; es, en fin, la venganza y la implacable sed de sangre.

¿Por ventura hay en la isla algún ejército formidable que aniquilar? ¿Hay conspiraciones que ahogar en las cárceles y en los patíbulos? ¿Tanta importancia tiene aquel pobre lugar, pequeño en extensión, escaso de recursos y corto en pobladores?

No llegan á quinientos los defensores de la isla, mal armados, mal vestidos, mal sustentados y sin esperanzas de protección. El Genio de la libertad americana anda por el extranjero mendigando auxilios para libertar á un Continente. Venezuela, Nueva Granada, Quito yacen en paz, la paz de los sepulcros donde los gusanos devoran el cadáver. Si algunos guerrilleros audaces se agitan intrépidos en el fondo de los llanos ó en la espesura de los bosques, su acción no es sufi-

ciente para interrumpir ese como silencio de muerte que domina en torno. La Libertad ha caído asesinada.

Y porque Margarita la proclama, porque en ella hay hombres bastante locos para provocar las iras del español, van contra ella todas las fuerzas de que éste dispone, cual si los ejércitos de Bolívar le esperasen en sus orillas para repetir la heroica hazaña del Bárbula y la resistencia inmortal de San Mateo.

Llega Morillo, amenaza, intima la rendición.

¿Qué van á hacer los 400 margariteños levantados en armas contra los 10.000 soldados enviados de la Península?

Se guardan para mejor ocasión; ocultan sus armas, lloran de despecho, se dispersan, desaparecen; la isla queda en poder de los españoles.

Entonces se ve una cosa sorprendente. Treinta goletas defienden la salida con sus cañones cargados de metralla, con sus tripulaciones ganosas de combate; embarcaciones menores, bien armadas y artilladas, cruzan á la distancia: toda la tierra es del enemigo... Una pequeña embarcación se lanza por entre los enemigos; en ella va de pie un hombre, rojo de indignación, contraída la boca y fulgurando en sus ojos un odio salvaje: ese hombre profiere imprecaciones atroces contra los españoles y les muestra los puños en señal de amenaza.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? Está loco—dicen los vencedores, al mismo tiempo que le dejan pasar.

—¡Miserables!—prosigue el hombre de la canoa—. ¡Yo soy Juan Francisco Bermúdez, yo soy el general Bermúdez, yo no me rindo!...—Y agrega palabras tremendas de profundo desprecio, de cinismo heroico, de esas que si la Historia no recoge en el campo de

Waterloo de los labios de un coronel de Granaderos de la Guardia, la posteridad no olvida, porque revelan un carácter, sintetizan una pasión y determinan un conflicto.

—¡Volveré, volveré!—repetía Bermúdez, solo contra todo un ejército, en una exaltación rayana con la locura; y sus palabras apasionadas se perdían en la inmensidad del mar, al mismo tiempo que, alejándose de las costas de la patria, iba en su barquichuelo á solicitar abrigo en alguna hospitalaria playa del extranjero.

Pasaron algunos meses. (Noviembre de 1815.) La perfidia española que se presentara proclamando la paz, el olvido y el perdón de antiguas injurias, extremó sus furores de venganza en la indefensa isla. Se consumaban asesinatos, cundía el pánico en las familias, el duelo era público. Todos llevaban la muerte en el alma, y la ira recontaba las afrentas que había que reparar en el día de las venganzas.

En la gobernación de la isla, al buen D. Antonio Herráis, probo y tolerante magistrado, le había sucedido D. Joaquín Urraiztieta, uno de aquellos caníbales españoles cuyos instintos feroces puso en evidencia la guerra á muerte.

Capitán general de Venezuela era D. Salvador Moxó, otro que tal, y éste le decía á Urraiztieta:

«Prevengo á usted que deseche toda humana consideración. Todos los insurgentes ó los que los sigan, con armas ó sin ellas, los que hayan auxiliado ó auxilien á los mismos, y todos los que hayan tenido parte en la crisis en que se encuentra esa isla, serán fusilados irremisiblemente sin formarles proceso ni sumario, sino con breve consejo verbal de tres oficiales. Reencargo

á usted mucha actividad, y que, siendo inexorable, me dé parte de la entera pacificación de ese albergue de pícaros que tanto han abusado de nuestra bondad y clemencia...»

¡Buen encargo! Aquella orden era como la sentencia de destrucción de la isla entera...

A la mente depravada de Urraiztieta se le vino el extraño pensamiento de imitar á aquellos famosos tiranos y asesinos de otras edades, que solían ultimar á sus víctimas en medio de las delicias de un festín; y con el objeto de atraer á los jefes independientes y cumplir con facilidad la humana y suave orden de Moxó, dispuso un gran banquete, á cuyos postres las damas margariteñas verían en sus platos las ensangrentadas cabezas de sus padres, hijos y maridos; ó bien contemplarían cómo rodaban aspados á puñaladas en el momento en que las efusiones del vino instan á brindar por la felicidad de los circunstantes.

¡Horrible plan, en verdad, y que, felizmente, no llegó á efectuarse!

Caudillo de los patriotas margariteños y persona principal en la isla, era, por aquella época, un jefe republicano llamado D. Juan Bautista Arismendi, nombre que luego debía hacerse famoso en los fastos de nuestra magna lucha. Contra éste, especialmente, iban dirigidos los furores del gobernador Urraiztieta; á éste se le quería anonadar, después de haberle reducido á la última extremidad: él era el primer convidado al festín en cuestión, cuyo objeto aparente era festejar la caída y prisión del capitán del siglo, Napoleón el Grande.

Por la revelación de un amigo supo Arismendi el complot infame en que querían victimarles á él y á sus

camaradas; y sin contestar al amable convite del verdugo, fugó al Norte de la isla y se ocultó. Pocos días después levantó una partida con la cual ocupó el puerto de Juan Griego. Entre todos, eran muy poco numerosos; por armas lanzas, azadas, horcones, cuchillos y garrotes; con estos elementos desafiaban á las autoridades de la isla, las fuerzas militares que en ella había, las iras de Morillo y los suyos y el poder español en América; y estaba escrito que triunfarían, que en ello habían de encallar autoridades y ejércitos, aun cuando Margarita quedase reducida á pavesas...

Ardió en cólera Urraiztieta cuando supo el levantamiento de Arismendi... ¡Cómo! ¿Aquel Arismendi era, pues, tan cobarde y vil que, en vez de venir á dejarse degollar plácidamente en el opíparo banquete del señor gobernador, corría, desalado, á ocultarse, y, por fin de cuentas, tenía el atrevimiento de alzarse en armas y proclamar de nuevo la ya vencida independencia americana?

«No dará usted cuartel—le decía á D. Juan Garrigo, á quien mandaba á debelar la rebelión del jefe patriota—; no dará usted cuartel á ninguna persona, y permitirá el saqueo á las tropas luego que lleguen (á la villa del Norte). Dará usted fuego al pueblo de San Juan, y se retirará cuando todo esté TRANQUILO... La villa del Norte será también quemada cuando vuelva usted de San Juan.»

¡Cuando todo esté TRANQUILO! La frase merece pasar á la Historia; hablar de tranquilidad al mismo tiempo que se ordenaba el incendio de las poblaciones y e asesinato de sus habitantes, sería el colmo de la imbecilidad humana si no fuera el extremo de la perversidad.

La guerra se encendió; y las crueldades llegaron á su colmo.

Doña Luisa Cáceres se llamaba una joven y hermosa dama caraqueña, esposa del general Arismendi.

No pudiendo aprehender al marido, aprisionaron á la mujer los jefes españoles, y ejecutaron contra ella actos de violencia y crueldad bastantes á deshonrar cualquier causa.

Sumida en un oscuro y fétido calabozo, hartada de insolencias y desprecios, custodiada como un criminal, la infeliz señora sintió los dolores del parto. Un bárbaro español, llamado Pardo, contemplaba con alegría propia de una hiena la angustia suprema de la maltratada doña Luisa, y en su corazón sintió el extraño deseo de victimar al recién nacido. El 29 de Enero de 1816 escribía Pardo á Moxó diciendo que *la esposa de Arismendi había dado á luz, en la prisión á que estaba reducida, un nuevo monstruo... y que convendría decapitarla*, al mismo tiempo que preguntaba al inexorable capitán general de Caracas *si debería privar de la vida á todas las mujeres y niños de la isla de Margarita, que eran patriotas y que servían á sus maridos, hermanos y padres insurgentes...* Moxó retrocedió ante crimen semejante; pero no por eso se aplacaron las venganzas de los realistas.

El aire malsano del calabozo, los diarios maltratos, el horror de una situación desesperada, no abatieron el ánimo de la valiente señora. Vió morir al hijo concebido en la esperanza y nacido en la cárcel; sabía que el esposo andaba rodeado de enemigos, sorteando cada día riesgos de muerte; ella misma era tratada peor que un presidiario, y no abrió sus labios á la queja, ni se arrojó en brazos de la desesperación. Noble, altiva y desdeñosa, exasperó á sus carceleros, quienes la embarcaron, bajo partida de registro, con destino á las cárceles de Cádiz. ¡Hermosa muestra de alma americana! Bien hace un historiador al decir que la constancia de esta mujer en el sufrimiento y su ánimo varonil forman uno de los más bellos episodios de la guerra de la Independencia.

Arismendi, por su parte, no flaqueó tampoco, ni dudó ante la situación de su esposa, sabiendo anteponer el amor de la Patria al de la adorada compañera de su vida. Toda la isla se levantó con él; consumáronse actos de intrepidez increíble; y entre el asesinato de los patriotas, el saqueo é incendio de las poblaciones y la sangrienta devastación de los campos, sostúvose la resistencia durante meses y años.

En vano se extremaron los ataques, en vano se multiplicaron las expediciones, en vano el mismo Morillo, con todas sus fuerzas, volvió, en 1817, á presentarse en las costas margariteñas. La *Nueva Esparta* fué la tumba de aquellas expediciones, la roca invencible contra la que se estrelló el arrojo español; y su resistencia, la salvación del ejército libertador de tierra firme, y la ocasión propicia para que Bolívar se apoderase de la capital de la Guayana, cuna de Colombia, y en la cual nunca jamás volverían ya á poner sus plantas los soldados de Fernando.

Cuando en el año que acabamos de citar se presentó el caudillo español, con el aparato de todas sus fuerzas, en Margarita, é intimó la rendición, el gobernador de ella, general Francisco Esteban Gómez, envióle la contestación siguiente, desde la Asunción, capital de la isla, y con fecha 31 de Julio:

«Los espartanos de Colombia han visto con admi-

ración el parlamentario inesperado que V. E. les ha enviado.

»Los espartanos de Colombia no se aterrorizan con la presencia del ejército formidable que V. E. tiene á sus órdenes.

»Los espartanos de Colombia combatirán hasta perder sus vidas; y si V. E. fuere vencedor, será señor de las cenizas y lúgubres vestigios que quedarán de nuestra constancia y valor. Con eso se complacerá su tirana ambición, mas no con dominar jamás á los ilustres defensores de la Nueva Esparta.»

Tembló de ira Morillo ante respuesta semejante; y aunque los acontecimientos de la Guayana le obligaron á abandonar la empresa, impidiéndole cometer las atrocidades á que se preparaba, no por ello dejó de perpetrar asesinatos, destruir las fortalezas de Juan Griego y degollar á bordo de sus naves á los incautos que se le habían entregado bajo la fe de su palabra y la promesa de generoso indulto.

Dos años duró, pues, la resistencia de Margarita, resistencia que llegó al grado heroico contra todos los miles de *pacificadores* venidos de la Península. El mismo jefe español hizo justicia á sus bravos defensores cuando, escribiendo al Rey, les pintó como *gigantes, combatiendo como tigres, y presentándose al fuego y á las bayonetas con un ánimo de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo...*

¡Loor á la invencible Nueva Esparta, y que su nombre sea saludado con respetuoso cariño por los amigos de la libertad!

X

LA LOCURA DEL LIBERTADOR

(1817)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Fué una tamaña ligereza de Bolívar; una de esas imprudencias que sólo el éxito justifica, pero á las cuales trata duramente la opinión común de las gentes cuando la desgracia ha sido su natural y lógica consecuencia.

He aquí los hechos:

Corría el mes de Julio de 1817. Bolívar, que había salido de Barcelona con un reducido ejército, con dirección á las riberas del Orinoco, se hallaba sitiando la ciudad de Angostura, en Guayana—que hoy lleva su nombre—, y quería también apoderarse de los castillos de Vieja Guayana.

«En consecuencia, la izquierda del ejército libertador bloqueaba las mencionadas fortalezas; el centro ocupaba á San Miguel y al pueblo de Caroní, parroquias situadas veinte leguas al Este de Angostura. Su cuartel general se fijó en San Félix, donde diera el célebre reglamento sobre consejos de guerra permanen-

tes para juzgar con brevedad los delitos militares en toda la República, el que por mucho tiempo estuvo en observancia. La derecha del mismo ejército, compuesta en su mayor parte de caballería, era la división bloqueadora de Angostura» (1).

Bolívar esperaba mucho de esta campaña. «Ahora más que nunca—decía—debemos confiar en la fortuna, ya que empezamos la restauración de Venezuela por donde debemos: *por el Orinoco y por los Llanos.*»

Y como por aquellos mismos días las fuerzas sutiles de la República se apoderasen por sorpresa de una flotilla española, añadía: «La operación que importa es apoderarse del río, con lo cual la posesión de ambas Guayanas es infalible.»

Sin embargo, las cosas no se presentaban del todo bien; pues si es verdad que la campaña se había iniciado con el espléndido combate de *San Félix*, ganado por el republicano general Piar, y el español Morillo, reforzado por la división del general Canterac, andaba empeñado en la reducción de la isla Margarita, empresa gloriosa únicamente para los de dicha isla, que, al fin, había de libertarse, aunque reducida á un montón de cenizas; en cambio, Barcelona sucumbía; la más loca de las rivalidades, apoderada del débil carácter del general Santiago Mariño, daba el escándalo de la desunión, en el momento preciso de la lucha; se reunía el Congreso ilegítimo de *Cariaco* con el objeto de desconocer la autoridad del Libertador, y ese mismo Piar andaba fraguando conspiraciones militares que, antes de terminar el año, había de pagar con la vida.

(1) RESTREPO.

La imprudencia no consistía en haber emprendido esa campaña, pues á pesar de los reveses sufridos, Bolívar logró su objeto, cual era apoderarse de la capital de Guayana (donde dos años más tarde había de nacer Colombia) para que le sirviese de base de operaciones, dominar el Orinoco y reunirse con Páez; la imprudencia fué su poca previsión ó su mucha audacia, que le pusieron en riesgo inminente de morir sin gloria en una emboscada oscura.

Ya que Morillo con su expedición á Margarita, que los historiadores califican de *necia*, le dejaba campo libre para operar en el Apure, una cosa necesitaba Bolívar para rendir Angostura: naves en número suficiente.

Él tenía pocas, pues el almirante Brión, que mandaba la escuadra, era uno de los que aceptaran la farsa de *Cariaco*. Dióse, pues, con la energía que tan característica le era, á construir algunas de aquellas ligerísimas embarcaciones que en ese tiempo llamaban *flecheras*, y, efectivamente, las tuvo como por encanto, ya que no contaba ni con materiales y apenas con artífices que las hicieran. Armó tres ó cuatro de esos barquichuelos, púsolos bajo el mando de un capitán llamado Rodríguez, y se confió á su propia estrella.

Su objeto era enviarlos en busca de la escuadra de Brión y de las fuerzas sutiles que comandaba el heroico Antonio Díaz, á cuyo efecto debían ir á la isla Tórtola del Orinoco y otros parajes. Unió los barcos nuevamente construídos á los que ya tenía armados en guerra, y los confió á las aguas del poderoso río.

La aventura en que les metía no era fácil, pues para ir en demanda de Brión, del cual se sabía que andaba

ya en pos del ejército de la Guayana, había forzosamente que pasar por medio de la escuadrilla enemiga que dominaba el río.

Pero era necesario aventurarse, y así se hizo.

Sigilosamente se dirigieron las pequeñas naves por la ruta señalada; y de ellas, nueve consiguieron pasar por entre las contrarias sin ser sentidas. De pronto suena el cañón de alarma; dos flecheras tienen que retroceder antes de haber forzado el paso, y las restantes, vivamente perseguidas, se ven obligadas á refugiarse en un estero pantanoso llamado el caño de Casacoima, á cuya boca aparecen en seguida los perseguidores.

Los barcos patriotas iban á caer irremisiblemente en poder del enemigo. El Libertador, entonces, envía un fuerte destacamento que los defienda, y no contento con esto, va él mismo á activar la operación.

Se tomaban las medidas necesarias, cuando, advertido el enemigo de lo fácil que le sería aprisionar ó matar á un grupo de oficiales que veía sin escolta alguna, á retaguardia y alguna distancia del destacamento que acabamos de mencionar, desembarcó una partida de infantería más arriba de la boca del caño, la cual, dando un ligero rodeo, cayó sobre la espalda de aquellos oficiales.

Ese grupo lo formaban el Libertador, Arismendi, Soublette, Pedro León Torres, Jacinto Lara, Briceño Méndez y otros jefes.

De pronto suena una descarga: es que les fusilan casi á quemarropa... Ellos no habían visto la partida agresora...

El general Torres y dos jefes más no se aturden por semejante acometida; saltan sobre sus caballos y huyen

al escape, retirándose por el camino que á aquel paraje les había traído.

Los demás salen de tino—Bolívar entre ellos—, y no ven más salvación posible que arrojarse al agua y ganar una rebalsa que ahí cerca hace el río, que entra muy adentro en la tierra...

Hacen el esfuerzo supremo; ya llegan, ya están allí, se agazapan en el agua, conteniendo la respiración, lívidos y desconcertados, y aguardan con la angustia que es de suponer.

«Los enemigos pudieron acabar con ellos cazándoles como *ánades*»—dice un autor; pero ó no les vió, ó no tuvo tiempo de emprender la caza. Los soldados del destacamento, al oir la descarga de los opresores, hicieron algunos tiros: creyeron éstos que eran atacados á su vez, y poniendo pies en polvorosa, se acercaron á su naves y se reembarcaron.

Mientras pasaban estos sucesos, la escuadrilla realista entraba en el caño y rendía fácilmente á la republicana. Bolívar quedaba otra vez sin un mal barco, animado únicamente de la esperanza de que llegaría Brión y con su llegada variaría la faz de los acontecimientos.

El riesgo corrido por el Libertador fué inminente: cuentan que, viéndose ya perdido, desnudó su garganta y requirió su puñal para suicidarse, antes que caer prisionero en manos de sus crueles enemigos. «Este horrible sacrificio—exclama Restrepo—habría tal vez anulado por algún tiempo los esfuerzos de Venezuela y de gran parte de los pueblos de la América del Sur por su independencia.»

Salvado al fin, y salvado como por milagro, acampó en la misma orilla que presenció su peligro.

¡Y he ahí que se encontraba en peor situación que antes!

Brión no parecía... ¿Cómo rendir Angostura?

Mariño le negaba; Piar conspiraba contra su autoridad; estaba por ver si Páez con sus indisciplinados y feroces llaneros querían someterse á ella.

La anarquía asomaba por todas partes su cabeza de Gorgona...

Los pueblos carecían de patriotismo, la opinión pública de la gran masa nacional le era hostil y cuando menos indiferente, y era obra más que de romanos el remover la indolencia de las mayorías, soplar en ellas el fuego del patriotismo y obtener, si no su apoyo, que entonces era mucho pedir, siquiera su simpatía.

No en vano se vive tres siglos atado á la coyunda. La cerviz toma la costumbre de permanecer inclinada, la espina dorsal se arquea, cuelgan lacios los brazos, y, á la larga, se encuentra que esta posición es la más cómoda y conveniente. Y cuando llega la hora de la lucha, cuando es preciso romper el yugo, comenzando por desatar á la víctima, la víctima se molesta, se subleva; porque, al fin y al cabo, mejor estaba quieta en la ciénaga que puede estar fatigada en la labor... Y dice: ¿Por qué me importunáis? Dejadme en calma, dejad que duerma; ¿acaso vuestras ideas de emancipación, vuestro patriotismo, vuestras locuras han de redundar en beneficio mío? Inquietos ó ambiciosos, si queréis desatarme es porque me necesitáis; pero vosotros no sabéis que trescientos años he estado así... ¡y no he advertido que mi situación era indecente! ¡Es tan bueno no pensar en nada!

Y los libertadores, odiados muchas veces de los mismos hermanos á quienes quieren libertar, se ven

en el peregrino caso de convencerles, primero, de que conviene que se rediman... ¡Y esto no es tan fácil, porque los hermanos no quieren ser convencidos!

Faltaba, pues, la opinión pública en rededor de Bolívar en aquel momento desalentador y triste. Y le sobraban enemigos.

¡Enemigos adentro, enemigos afuera: por todas partes!...

Por heroicos y tenaces que fuesen los margariteños, concluirían por sucumbir ante el formidable aparato de fuerzas del caudillo español; y aunque él, Bolívar, se apoderase de las Guayanas y de mitad de Venezuela, ¿no volvería Morillo vencedor, más fuerte que nunca, para oprimirle y desbaratarle con esos soldados tan hechos á la batalla?

Sí, le quedaba el último recurso: las inmensas llanuras que en ese momento tenía á la espalda; llevaría á ellas la patria, porque patria eran sus compañeros y el pedazo de tierra que pisaban... ¡nada más!

Se abismaría en el piélago de verdura, perdiéndose en su fondo con aquel puñado de hombres, para tentar la fortuna por última vez, para violentarla, así, sin recursos, sin apoyo como estaba.

Y luego... ¡quién sabe!

Los pocos oficiales que le rodeaban, sentados en el suelo, taciturnos y pensativos, contemplaban su silencio y acaso comprendían la inmensa amargura de aquella grande alma.

De pronto el Libertador alzó la cabeza y comenzó á hablar lentamente.

Sorprendidos, á las primeras frases, los compañeros se miraron entre sí como preguntándose:—«¿Qué le pasa?»

Pero Bolívar no lo advirtió.

Y continuó hablando.

Su voz iba aclarándose poco á poco; sus palabras, antes lentas, brotaban por momentos más abundantes, más rápidas; y, en alas de una improvisación sublime, se elevaba sobre la tierra con vibraciones extrañas de acento profético y geniales aspiraciones...

¿Qué decía?

¡Casi nada! No hablaba sino de la liberación total de la América del Sur, que, según él, estaba encomendada á su valor y fortuna.

El espíritu que le iluminó en la cumbre augusta del Aventino, cuando solo, oscuro, desconocido en su misma tierra nativa, juró libertar la patria; el espíritu que le dictó la famosa carta en Jamaica, cuando derrotado, pobre, sin amparo en lo humano, odiado de los suyos, arrojado por la envidia de sus compañeros de armas en tierra extraña, rodeado de asechanzas de muerte, hablaba de la consolidación de la independencia en el Continente y de los medios adecuados para hacerla duradera, provechosa y civilizadora; ese espíritu, decimos, le poseía ahora con toda plenitud; y olvidado de su mísera situación, sin acordarse de que cuatro horas antes saliera milagrosamente del peligro de morir á las balas españolas, continuaba el antiguo ensueño, que en él era ya una vocación.

Sí; la América sería libre. ¿Cómo? No lo sabía todavía bien; pero era indudable que se debería al genio, al valor y la constancia de sí mismo y de los que le escuchaban.

¿No es verdad que Venezuela sería libre? Porque, en suma, unidos todos, en un esfuerzo común, acabarían por arrojar al orgulloso Morillo en el Atlántico,

y constituir la patria á la sombra del pendón republicano.

Luego irían á Nueva Granada: ¡qué luchas y qué triunfos, cuántos peligros vencidos y cuántas esperanzas les aguardaban allí!...

Forzosamente, el antiguo virreinato sería libre; se vengaría la sangre de tantos mártires como en esos días mismos estaba derramándola bajo el hacha del verdugo Sámano; y atizado otra vez el fuego sagrado, desde el Apure hasta el Magdalena, la tierra sería libre...

De allí, á Quito...

¡Cómo! ¿Los hijos del suelo que primero se empapó en sangre de patriotas no habían de participar de la independencia? Aquella era una tierra privilegiada, tierra de heroísmo y de grandeza, y ¿había de estar siempre á oscuras? ¡No! El Chimborazo vería amanecer el sol de la libertad sobre la patria de Atahualpa, y saludarían el naciente día con sus estampidos horrísonos los volcanes de los Andes ecuatoriales...

Luego se formaría una gran nación, con un Gobierno central y una ley y una bandera, nación que en su mismo poder y fuerza tuviese el secreto y la garantía de la paz y de la libertad de América; y ya consumado todo, cada uno de los héroes y redentores, modestos ciudadanos, se retiraría á dormir el sueño de sus viejas glorias...

¿Todo? No. Faltaba mucho para el descanso. ¿Y el Perú, pues? ¿No se le había de ayudar? ¿No se le debía la porción de independencia á que tienen derecho todos los pueblos?

¡Ea! Que era indispensable ir allá y redondear la obra... ¿Quién duda que irán?

Desde esa margen misma del Orinoco, donde estaban descansando, ellos—los que en su rededor se agrupaban escuchándole atónitos—volarían á las cumbres argentadas del Potosí, en vuelo sublime y triunfal, llevando en la diestra el pabellón de la nueva Patria, rompiendo cadenas y segando laureles... El Perú sería libre, Chile consolidaría su libertad, y del estrecho de Behring á la Tierra del Fuego, no habría ya esclavos que redimir...

Pero se iba á olvidar de las Antillas... Allá iría una poderosa escuadra, un ejército invencible... y pasado el afán, Dios amanecería sobre todos los pueblos del Continente de Colón...

Su voz se elevaba serena y majestuosa en el silencio de la noche... Corría apacible el río á cuatro pasos de distancia, y en el firmamento oscuro brillaban á millares las estrellas...

Calló. Meditabundos sus compañeros, ocultaron en las mantas los pálidos semblantes, en los cuales se dibujaba un gesto de malhumor y desaliento...

Lo que ellos sabían, lo que les constaba á ellos, era que la situación no podía ser más crítica, que acababan de perder la flotilla con tantos esfuerzos construída y que una parte de la tripulación estaba en poder de un enemigo con entrañas de hiena.

¡Y hablarles Bolívar de esas cosas!

Continuaba el silencio.

Dormían todos.

Entonces, cierto oficial, llamado el capitán Martel, que escuchara los proyectos del Jefe Supremo, se levantó calladamente, y acercándose á otro grupo, trabó del brazo á un amigo para decirle al oído:

—¡Perdidos! ¡Ahora sí que estamos perdidos!

—¿Por qué?

—¡El Libertador está loco!

¡Loco! ¿Quién estuvo loco, oh contemporáneos que presenciáis el espectáculo de cinco naciones redimidas por el genio del pobre soñador de Casacoima en la noche del 4 de Julio de 1817?